

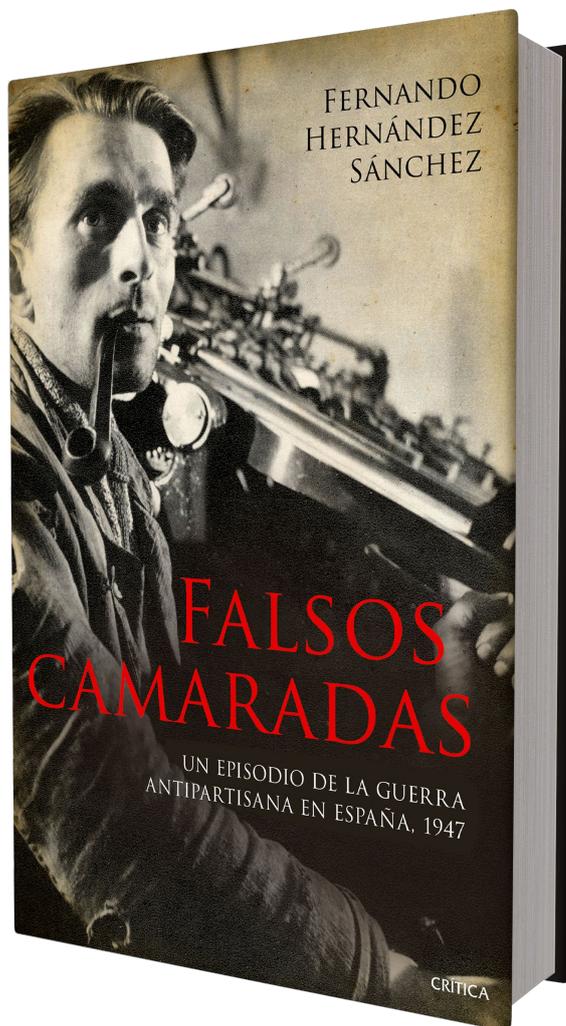
CRÍTICA

**FERNANDO
HERNÁNDEZ SÁNCHEZ**

FALSOS CAMARADAS

**UN EPISODIO DE LA GUERRA
ANTIPARTISANA EN
ESPAÑA, 1947**

**Un thriller histórico que relata las
operaciones, torturas y traiciones de los
policías "caza rojos" en el seno del PCE.**



A LA VENTA EL 24 DE ENERO

***MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN**

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

A pesar del parte oficial de la victoria franquista, la guerra siguió en España después de 1939 con otras formas, otros frentes y otros protagonistas. Sin embargo, las esperanzas de un vuelco histórico de la mano de los aliados se esfumaron tras el final de la segunda guerra mundial. Con el comienzo de la Guerra Fría, la dictadura redobló su represión. Esta guerra antipartisana vivió un episodio decisivo en 1947, cuando varios dirigentes comunistas se pusieron al servicio de la policía y entregaron la estructura clandestina del partido con consecuencias demoledoras: más de 2.000 detenidos, 46 condenados a muerte y un total de 1.744 años de prisión para los supervivientes. La organización fue deshecha y solo quedaron grupos aislados y desmoralizados, encabezados por jóvenes inexpertos o veteranos quemados. Para algunos de los policías intervinientes, como Roberto Conesa, el éxito esmaltó un currículum que se proyectó hasta los primeros compases de la democracia.

Esta lucha desigual entre policías y activistas, entre víctimas y victimarios, dejó un disperso rastro documental que, con paciencia, rigor y cuajo, reconstruye el historiador Fernando Hernández Sánchez. Transmutados en infiltrados, traidores y confidentes, estos falsos camaradas hicieron posible que, en una década, la resistencia antifranquista quedase reducida a las cárceles, replegada en el exilio, aislada en los montes o sepultada en los cementerios.

EL AUTOR



Fernando Hernández Sánchez es profesor titular de la Universidad Autónoma de Madrid y de Enseñanza Secundaria, doctor en Historia Contemporánea por la UNED y miembro de la Asociación de Historiadores del Presente. Preside la Asociación Entresiglos 20-21: Historia, Memoria y Didáctica, dedicada a la investigación sobre la enseñanza escolar de la historia reciente. Sus investigaciones versan sobre la historia del movimiento comunista en España. Ha publicado artículos sobre este tema en diversas revistas (*Historia16*, *La Aventura de la Historia*, *Historia del Presente*, *Cuadernos Republicanos*, *Ebre38*). Es autor de *Comunistas sin partido: Jesús Hernández, ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio* (2007), *Guerra o revolución* (Crítica, 2010), *Los años de plomo* (Crítica, 2015) y *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco* (2018). Es coautor, con Ángel Viñas, de *El desplome de la República* (Crítica, 2009).

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Los acontecimientos que aparecen en este libro ocurrieron en 1947, cuando miembros de la delegación del Comité Central en el interior que hasta entonces habían gozado de la total confianza del máximo órgano de dirección, el Buró Político, se pusieron al servicio de la policía y arrasaron con toda la estructura clandestina del partido con efectos que perduraron una década. La actuación de unos y de otros, traidores y confidentes, policías y activistas, víctimas y victimarios dejó un rastro que es posible reconstruir a partir de los repositorios documentales. Sin duda, uno de los más interesantes es el propio archivo histórico del PCE.»

«Entre octubre de 1946 y enero de 1947 hubo más de dos mil detenidos, 29 se dictaron 46 penas de muerte y la suma total de condenas ascendió a 1.744 años de prisión. A bastantes de los que en primera instancia salvaron la vida les aguardó un horizonte penal que en algunos casos llegó a sumar dos décadas. La organización fue deshecha y solo quedaron grupos aislados, desmoralizados y dirigidos por inexpertos. A los falsos camaradas se debe que, a finales de la década de 1940, la militancia comunista estuviese reducida a las cárceles, replegada en el exilio, aislada en los montes o enterrada en los cementerios.»

Paisaje desde la ventanilla de un tren en marcha

«Para mantener la excitación continua de sus agentes, los aparatos del Estado recurrieron de forma habitual al vivificante estímulo de las recompensas, que podían llegar a suponer una parte muy significativa de los haberes. A título de ejemplo, el inspector jefe de policía agregado a la Segunda Bis, Antonio López Moreno, soltero y sin cargas familiares, percibía el 42 por ciento de su nómina en gratificaciones extraordinarias.¹⁸ Entre 1944 y 1950, con un sueldo anual de 7.200 pesetas, Roberto Conesa cobró 5.350 en concepto de premios.¹⁹ Con semejante lubricante, el mecanismo represivo funcionaba como un reloj. Las actuaciones contra los núcleos de oposición fueron contundentes. Una tras otra, todas las tentativas de reconstituirlos fueron desbaratadas, y sus integrantes, detenidos, juzgados sin garantías y fusilados o condenados a largos años de cárcel.»

La maldición de la canasta de cerezas

«A finales de septiembre de 1946 ocurrió una de esas fatalidades: una caída en cadena en la que, como en un cesto de cerezas, cada uno de los frutos entresacados fue tirando del

siguiente. La detención de dos militantes de base propició que uno de ellos flaqueara durante el habitual «hábil interrogatorio», entregando a Jesús Pinilla, un activista venido del norte de África que delató, a su vez, a Silverio Ruiz, llegado de Francia para integrarse en la comisión de organización del Comité Regional del Centro. Silverio fue apalizado durante nueve días para que revelase la clave del listado de citas que le había sido incautado, pero se mantuvo firme.

Sin conocer la suerte de Silverio Ruiz, el responsable de organización, Sánchez Biedma («Torres») cometió la imprudencia de telefonar a su casa, ignorando que la línea había sido intervenida por la policía. Fue detenido y sometido a tortura en la DGS, revelando la dirección de una estafeta en la calle de Cartagena, 44, donde sorprendieron a **Manuel Rodríguez Antonio («Gerardo el Chato»)**. Era el encargado del aparato de multicopistas e imprentas y lo hallaron en posesión de un archivo con más de cincuenta biografías. Gerardo delató a todos los camaradas que conocía, entre ellos a Eduardo Huertas, que se hallaba escondido tras protagonizar una espectacular fuga del cuartel de la Guardia Civil de Vallehermoso. Encadenando un error tras otro, Zoroa encomendó a Lucas Nuño acudir a la estafeta de la calle Cartagena para comprobar qué ocurría. La policía pescaba como el mariscador que solo tiene que aguardar la entrada del centollo en la nasa.

El núcleo de Madrid resultó muy afectado por los golpes y la fatalidad. Manuel López perdió la vida cuando intentaba colocar una bandera republicana en un poste de alta tensión en el paseo de Extremadura. La Brigada Político Social empezó a tirar del hilo en las barriadas de Tetuán y Cuatro Caminos. Jóvenes y, en su gran mayoría, inexpertos, los militantes detenidos fueron entregando lo que sabían.»

«El Chato se había convertido en un entusiasta colaborador de la policía acompañando a los agentes para señalar a un camarada tras otro. Era el continuador — y no el último, precisamente— de una saga de soplones que compartieron el apodo del «Chato», como si el alias imprimiese carácter. Tras la entrega de la delegación de Zoroa, siguió levantando presas por doquier. El tipo se movía con total libertad — su familia decía que le había costado mucho lograrla—. Denunció a la potente célula de la fábrica Standard Eléctrica, y reveló el emplazamiento de la emisora de radio. Continuó paseándose en taxi por Madrid a la caza de militantes, colaborando en la captura de Juan Molina y Miguel Hernández Leal, recién llegados de Francia. En Barcelona propició la «caída de los ochenta», una operación de dimensiones masivas que arrasó la estructura organizativa del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), de sus juventudes y de su aparato guerrillero.»

«**Rey Maroño, el tercer «Chato»** de la baraja de confidentes que compartieron apodo, el camarada ejemplar de la colada de hombres de acero, «se había dado la vuelta». Después de entregar la organización de Madrid se dispuso a hacer lo propio con el Comité Regional de Levante. Propició la detención en una calle céntrica de Valencia del secretario general, Vicente Pérez Galarza («Andrés»), a quien conocía personalmente. Con ello se puso en marcha un nuevo y siniestro carrusel: al día siguiente cayó el secretario de organización, entregado por el secretario general, y más tarde el de *agitprop*, dado por el de organización. Con la caída de la delegación de Zoroa, del aparato y de varios de sus colaboradores, el partido quedó prácticamente arrasado. Sin embargo, otras organizaciones de su galaxia, como la Juventud, la Unión de Intelectuales Libres y el aparato de la UGT restaron relativamente indemnes. Con paciencia, se podrían ir encajando de nuevo los pedazos.»

La generación combustible



Santiago García, alias «Medina». AHPCE, Listado de camaradas idos al interior.

«Todos ostentaban varios nombres de guerra. **José Tomás Planas era «el Peque» o «Luis». José Satué Malo, «Pepe» o «el Viejo». Luis González Sánchez, «Carlos» o «el Rubio».** Se trataba de una medida de seguridad, una norma elemental de compartimentación: se empleaba cada uno de ellos ante un sector determinado con la intención de que, en caso de que las cosas se torciesen, los heterónimos operaran como cortafuegos, entorpeciendo una identificación inequívoca.

Santiago García Madrigal era «Medina», «Vicente» o «el Verruga», porque tenía en una de sus mejillas una

excrecencia del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos. [...] Fue él quien encabezó la nueva troika de dirección junto con Tomás Planas y Luis González, a la que se añadió Satué a cargo del sector sindical.»

El escudo quebrantado

«El aparato de guerrilleros estaba mostrando una peligrosa tendencia a convertirse en autónomo y, a espaldas del partido, trataba de reclutar nuevos miembros contactando por su cuenta con los sectores. **Barahona y Paco el Catalán se resistían a aceptar las órdenes del partido.»**

«El Peque tomó en sus manos el control del aparato guerrillero para enmendar el deficiente trabajo de sus responsables. Al poco, cayó Barahona. No le encontraron las armas que

guardaba en una maleta — dos metralletas, dos pistolas y varias bombas— porque la dueña de la casa, que estaba al tanto de quién era y a lo que se dedicaba, la sacó la primera noche que faltó a dormir.»

«Las fuerzas del orden no escatimaron recursos, todos ellos expeditivos, para acabar con la guerrilla. En unos casos, aterrorizaron a la población sospechosa de prestar apoyo al maquis en virtud de una praxis probada en la guerra antipartisana. El 17 de julio de 1947, decenas de guardias civiles entraron en el pueblo de Armallones (Guadalajara) y se llevaron a varios hombres a un lugar conocido como el molino de Ocentejo, junto al río Tajo. Allí los torturaron salvajemente para que delataran a los colaboradores y enlaces de la guerrilla y señalaran su escondite. Un vecino conocido como el tío «Pichinguerre» y el cuñado de Amador Méndez de la Cruz, guía del jefe guerrillero Basilio Serrano Valero («Manco de la Pesquera») resultaron muertos y otros dos quedaron gravemente heridos. Al día siguiente, a modo de celebración del aniversario del «glorioso alzamiento nacional», fuerzas de la Benemérita acompañadas por confidentes y colaboradores civiles obligaron a la mitad de la población de Ocentejo a bajar al Hundido de Armallones. Allí se repitieron los interrogatorios a base de palizas y culatazos. Dos vecinos, Alejandro Rey y Alfonso López, fueron asesinados a tiros, y un tercero acabó muriendo en la cárcel a consecuencia de las torturas.»

«Lee y difunde, camarada»

«La preocupación por la seguridad absorbía tantas energías que iba en desmedro de la eficacia. **En palabras de Medina, el aparato de propaganda existente a comienzos de 1947 era «una de nuestras grandes debilidades [...]** La verdad, no conseguimos encuadrarlo y ponerle en condiciones. Fue nuestra pesadilla constante. Cuando no el tipógrafo, el maquinista, cuando no el maquinista, la casa». El peso de la confección de los periódicos recaía sobre un tipógrafo, un maquinista y un redactor. Las operaciones de distribución a sectores y las estafetas estaban bajo el control del Peque. Los números de *Mundo Obrero* salían a destiempo, sin atenerse al previsto intervalo de diez días y con bastantes deficiencias políticas y técnicas. Otro problema apremiante era el económico.»

«Medina no dejó de quejarse sobre los problemas que daba tirar *Mundo Obrero*: «Cada número costaba un trabajo tremendo sacarlo; siempre había alguna cosa que impedía que saliera a su debido tiempo». **La culpa era, sobre todo, del tipógrafo.** La dirección estaba muy descontenta con él porque solía actuar por su cuenta e ignoraba las indicaciones. El órgano oficial del partido estaba cuajado de errores garrafales en cuanto a la línea política

y lo peor era que «el tipógrafo cortaba y ponía lo que le daba la gana». Hay versiones discrepantes acerca de quién lo había recomendado para el puesto: unos decían que había sido Asensio, que lo consideraba «buen camarada» y de confianza; otros le endosaron la responsabilidad a Antonio Guardiola. Trabajar con aquel tipo era un infierno cotidiano.»

«Una vez confeccionado el número, pasaría a recogerlo el Peque, con el que tenía contacto frecuente y a quien conocía como «Luis». Pero antes de que el rendimiento de la nueva imprenta aumentase, la policía actuó. A principios de mayo, detuvo a todos antes de que hubieran tenido tiempo para distribuir los diez mil ejemplares que acababan de imprimir. En la Dirección General de Seguridad, una cara muy conocida sonrió a Satué y le enseñó un paquete de propaganda diciéndole: «Estas son las cosas que tenía que entregarte.»»

Demócrito y la joven guardia

«Partiendo de una base muy modesta hubo, pese a todo, un sensible incremento de las actividades juveniles. Según informó Medina, las JSU lograron penetrar en las fábricas, crearon comités y fomentaron los contactos con la UGT negrinista. Su periódico, Juventud, salía a la calle hasta tres veces en un mes y con muy buena distribución, una proeza en aquellas condiciones. El éxito se tradujo en un aumento de la militancia y en la creación del primer club deportivo.»



Luis González Sánchez. AHPCE, Listado de camaradas idos al interior.

«El Rubio debía encargarse también de ayudar a consolidar la Unión de Intelectuales Libres y la Comisión Nacional de la Unión de Muchachas bajo la dirección de Pilar Medrano y Consuelo Peón. [...] La nueva Unión debería tener un programa propositivo— reconocimiento de los derechos de reunión, asociación, expresión, investigación y creación— y una vocación de transversalidad: aunque un número significativo de los adherentes eran comunistas, no faltaron miembros de otras tendencias como republicanos, libertarios y liberales. Entre los más destacados estaban Juan Puig Tomás, científico; Antonio Rodríguez-Moñino, bibliógrafo, fundador del Museo Lázaro Galdiano purgado por la dictadura y catedrático de la Universidad de Berkeley, así como los naturalistas Regueral y Cordón, el escritor Jorge Campos, el historiador Manuel Tuñón de Lara, el matemático Ángel Palacio Gros y el guitarrista Daniel Fortea Guimerá.»

«Las mujeres jóvenes que habían accedido a la militancia durante la guerra desempeñaron un papel muy importante en la reconstrucción del PCE y de sus organizaciones satélites. Una de estas fue la Unión de Muchachas, encargada de la ayuda a los presos mediante el mantenimiento de correspondencia entre ellos y chicas en calidad de madrinas. Celebraban rifas para sacar dinero y enviar alimentos y ropa de abrigo a las cárceles o sufragar los viajes para ver a sus ahijados. En las navidades de 1946, las muchachas de Burgos sacaron dos mil pesetas por este procedimiento y las de Madrid pudieron visitar las prisiones de Carabanchel, Ventas, Segovia, Burgos, Alcalá, Ocaña y Guadalajara. La iniciativa tuvo un impacto muy positivo en la moral de los reclusos. Consuelo Peón fue una de sus impulsoras.»

Interludio policial



Roberto Conesa Escudero, año 1955. AMI, Dirección General de la Policía, Expediente 10.256.

«Desde su ingreso en el Cuerpo de Policía, (Roberto) **Conesa** «eligió la especialidad más difícil, dura e ingrata, como es el trabajo de investigación social, en el curso del cual, ha llegado al descubrimiento y desarticulación de un sin número de organizaciones clandestinas que desde el momento en que fue liberada nuestra Patria, han tratado desde el interior y el exterior, de perturbar el Orden Público en su intento de derribar nuestro Régimen». [...] Pero si algún grupo se había convertido en blanco especial de su profesionalidad, ese era sin duda el Partido Comunista «hasta tal punto que indudablemente, es considerado por dicho Partido como su más implacable enemigo, como lo prueba el odio que se manifiesta hacia

su persona en toda cuanta propaganda edita, principalmente en su órgano de difusión *Mundo Obrero*, en el que raramente se le deja de amenazar». Asumiendo un alto riesgo, se infiltró en sus propias filas una y otra vez. En 1939, como ya se señaló, entrando en la rudimentaria organización comunista que funcionaba en Madrid. Otro tanto hizo en el caso de las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña. En 1943, lo logró con el Comité Provincial del Partido Comunista de Zaragoza y meses más tarde con el de Lérida. Es muy probable que estuviese en la «caída de los ochenta» de Barcelona.»

«Con todo y con esto, el epicentro del terror no se situaba tanto en las cárceles, a pesar de sus espantosas condiciones, de la vesania de sus directores y de la mayoría de sus funcionarios, como en las comisarías, esos lugares donde, al franquear sus puertas, el

tiempo y la humanidad quedaban suspendidos. En muchas memorias se aprecia que los detenidos acogían con júbilo su pase a prisión porque suponía cerrar el paréntesis indefinido de la tortura.»

«Pedro Valverde, uno de los de la «caída de los ochenta» dejó un testimonio escalofriante de su paso por Vía Layetana:

Últimamente fueron ingresados en este establecimiento unos sesenta detenidos de la CNT. Según ellos, fueron torturados en Jefatura y dos fallecieron, uno de ellos por haberle arrancado los testículos. En cuanto a nuestro paso por allí, fue de una brutalidad muy grande. Al compañero Esteban Arias lo colgaron y le dijeron «Hijo de la Pasionaria» y cantando «La Internacional» le pegaron y le pasaron por encima. A Salvador casi le abrieron un párpado del ojo izquierdo, privándolo de la vista y lo herniaron magullándolo totalmente [...] Casi todos están atados al radiador y con una porra o una cuerda mojada eran brutalizados. En caso contrario los hacían tumbar en el suelo y subían encima. Mientras estábamos en Jefatura trajeron un [joven libertario] que se llama Teodoro López Colás y fue muerto a causa de las torturas en un intervalo de dos días. El sadismo que toman es criminal.»

«Siempre se cuidó mucho de que se le atribuyeran el asesinato de Eduardo Sánchez Biedma o del socialista Tomás Centeno, muerto mientras permanecía detenido en la Dirección General de Seguridad el 20 de febrero de 1953. La versión oficial habló de un suicidio. Dada la situación límite a la que los sayones llevaban a sus víctimas, no era una situación infrecuente en aquellos lóbregos sótanos. Durante su cautiverio, Consuelo Peón intentó cortarse las venas con los cristales de las gafas y su compañera de expediente, Teresa Marrón, probó a ahorcarse con un cinturón de cuero. No era solo una forma de poner fin al sufrimiento causado por la tortura; era un último recurso de defender la propia dignidad y la seguridad de los camaradas.»

«Comenzó la campaña de preparación del 14 de abril. Se editó abundante propaganda y se fantaseó con la convocatoria de una huelga general. Pero lo que se desencadenó fue la catástrofe. El 21, fue detenido Manuel Benítez Rufo en una pensión de la calle de la Fe.»

«El Rubio, miembro de la troika de la Comisión Nacional de las JSU, fue detenido cuando, a pesar de ser consciente de la estrecha vigilancia policial, iba a entrevistarse con una mujer del comité de ayuda a los presos de Alcalá de Henares. Otra de las detenidas que fue puesta en libertad por no encontrarle nada comprometedor encima informó de que el Rubio se había ofrecido para contar a la policía todo lo que sabía «en un acobardamiento enfermo y con poca firmeza». Como hacía poco que había dejado las JSU, conocía a la perfección lo que había y cantó de plano. Cuando se enteró Tomás Planas, le faltó tiempo para decir del

Rubio que «llevaba tiempo con miedo y sin hacer gran cosa, y aparte de los empujones que se le daban, no marchaba y era un problema que se planteaba con él constantemente.

También le gusta un poco hablar, pues se había echado una novia [*cherchez la femme*] que no es muy buena y con la que tenía demasiada confianza». Los comentarios más contundentes llegaron con el paso de los días: «Este traidor — dijo un informante anónimo— se derrumbó ante el enemigo, entregando todo cuanto sabía y poniéndose al servicio del enemigo, traicionando el partido y a nuestro pueblo».

«La delegación no sabía por dónde le venían los golpes. Por la traición de algunos detenidos, decía, «se veía como la policía no daba palos de ciego, sino que marchaba por sitios indicados».

Mascarada

«Chivatos, traidores e infiltrados cumplieron escrupulosa y exitosamente su misión. Quedaba por saber quién era qué.»

«Al acabar 1947, la situación del PCE era calamitosa. La organización estaba arrasada y solo quedaban algunos grupos aislados, sin ninguna conexión entre ellos y dirigidos por militantes sin experiencia. Un responsable del comité del sector sur de Valencia fue incorporado a la organización del partido «en la calle, a través de un amigo de antes de la guerra y al que no había visto durante ella, [y] paso a formar parte de un comité de radio y pocos días después al sector». A otro le cooptaron al poco de salir por primera vez de prisión: «Hice constar que no sabía nada y que me parecía por ello una barbaridad el cargo que me daban». Aplicando el principio del caldo y las dos tazas, a los pocos días fue incorporado al Comité Regional como secretario de propaganda. Cayeron todas las imprentas, multicopistas y medios de propaganda. Los pocos cuadros que pudieron escapar a las batidas estaban desaparecidos y era totalmente imposible localizar a ninguno que pudiese formar una nueva dirección solvente.»

«Lo que sí podía haber ocurrido es que esa dirección hubiese sido engañada o falsamente informada acerca de la verdadera situación del país, de las condiciones en que se desenvolvía el partido y de las verdaderas características de lucha clandestina. Esta era la causa fundamental de que, al chocar con la realidad y verse en comisaría, hubiera una porción llamativa de comunistas que desdoraban al mito y, desmoralizados y débiles en los interrogatorios, acababan delatando a otros, aparte de los que netamente y a saber desde cuándo eran confidentes o traidores.»

«En las reuniones de célula y de cárcel se emitió sentencia sobre los responsables de la gran caída. El primer acusado fue Luis González Sánchez (Carlos/el Rubio), al que se supuso «al servicio de la policía después de caído. Entregó todo lo que tenía [...] Conoce todo sobre la organización de la Federación por haber sido el [número] dos y el uno antes». Él habría sido el ideador de «preparar una entrevista, por mediación de su novia, con José Tomás Planas, antiguo número tres de la Federación entonces trabajando en la delegación del partido. A partir de aquel momento creemos que Tomás se pone al servicio de la policía. [...] el día 1.º de Mayo se le ve entrar en Gobernación. Esto explica las caídas posteriores». Eran los protagonistas principales en el conjunto de un amplio elenco: Gerardo el Chato; los hermanos Asensio; Iznaola, jefe de guerrilleros de Severo: la novia del Peque, Antonia Tello, y un colaborador de Tomás, un tal Meato, además de otros cuyos nombres salpicaban las notas de denuncia.

La suerte del tío Carlos

«Conesa era el tipógrafo dubitativo y chapucero que retrasaba en lo que podía la aparición de cada número de *Mundo Obrero*; el que insistía en reunir a todos los responsables de sector para aclarar las dudas y enmendar los errores sobre los contenidos del periódico con la intención de dar el golpe definitivo cazándolos de un zapatazo; el que recibía información directa del Peque y del Rubio; el que proporcionó a Satué a través de Eliseo Asensio la imprenta Boston de pedal que le había incautado a la delegación de Zoroa — «Hombre, voy a venderles una imprenta y, efectivamente, se la vendí a Satué en cinco mil»—2 y el que dos días después de que el sindicalista fuese detenido le reveló su verdadera identidad en las dependencias de la Dirección General de Seguridad.»

«La operación le reportó dos felicitaciones públicas que esmaltaron su expediente y 2.500 pesetas de recompensa, el 56 por ciento de su salario anual. El afán de gratificaciones venía a desmentir la imagen franciscana, casi diogénica, que policías como Conesa querían transmitir a alguna de sus víctimas.»

«A raíz de las delaciones de Carlos/el Rubio, la organización de las JSU se deshizo como un azucarillo. El Rubio preparó una entrevista con el Peque por mediación de su novia. El 1.º de Mayo se vio entrar a Tomás Planas en Gobernación. Desde ese momento, los golpes policíacos se redoblaron. Un testimonio señaló que la policía había empleado con él la vieja estratagema de acompañarle en paseos por las calles de Madrid para localizar a sus contactos y detenerlos, como hicieron también sus colegas de Barcelona en la investigación de la «caída de los ochenta».»



José Satué Malo, AHPCE. Listado de camaradas idos al interior.

«En las semanas siguientes, **el Peque fue entregando a todos los que conocía con la cadencia de un reloj.** Antes de su salida del país, Santiago García «Medina» habló con Satué para que adoptara medidas de seguridad ante la ferocidad del golpe que se estaba abatiendo sobre el partido: «Eres muy conocido por algunos de los que han caído y pueden dar tus señas, y prevén con fuerza a los camaradas de la delegación, no tengamos más tropiezos». Satué le tranquilizó: había estrechado las relaciones

con Tomás Planas que, a su vez le había presentado el camarada que venía a sustituir al propio Medina. En los días siguientes, todos cayeron en manos de la policía, siempre después de la primera entrevista con el Peque.»

«**Tomás Planas se erigió en una especie de Pimpinela Escarlata del que en adelante se sospechó que estaba detrás de todas las caídas que afectaban al partido.** Se le hizo responsable de las detenciones del Comité Regional de Valencia, aunque del cotejo de los expedientes depositados en los archivos militares se desprende que el Tomás que aparece en ellos no podía ser el mismo personaje. Según la requisitoria conminando a su entrega bajo apercibimiento de declaración en rebeldía emitida por un juzgado militar especial de la Capitanía General de la 3.ª Región Militar el 23 de febrero de 1948, el reclamado era un sujeto «de unos *treinta y dos a treinta y cinco años* de edad, de *estatura regular*, más bien bajo, pelo castaño, liso, peinado hacia atrás, *usa gafas pocas dioptrías*».»

Epílogo

Roberto Conesa siguió cosechando éxitos en su carrera profesional, no exenta de algún sobresalto. [...] Mientras tanto, trepó por el escalafón ascendiendo a agente de primera clase en 1951, a inspector de primera en 1964, a comisario de segunda en 1972 y de primera clase un año después. En abril de 1974 se coronó como jefe de la Brigada Central de Investigación Social y como comisario principal en 1975. Tocaría el Olimpo en vísperas de las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, cuando fuera nombrado comisario general de Información, la nueva denominación de la extinta Brigada Político Social. Su progresión fue esmaltada por los éxitos contra su presa favorita, los comunistas organizados en el PCE o en las Comisiones Obreras, pero también contra las escisiones proquinas y los

grupos armados del tardofranquismo. Seguramente, hizo valer contra ellos tanto su acreditada experiencia personal como la formación recibida en los Estados Unidos, donde realizó un curso de formación de dos meses de duración en una escuela de la CIA, o las mañas que se le pegaran durante su estancia en la República Dominicana sojuzgada por la dictadura de Leónidas Trujillo. En el curso de su carrera acumuló 36 felicitaciones públicas en los años posteriores a la gran caída y recibió medallas y honores.»

«**Del Rubio se perdió la pista.** Algunos decían que ingresó en la policía, pero no ha sido posible seguir la trayectoria de alguien cuyos apellidos parecían escogidos a propósito para borrar cualquier traza. No sería el único rastro que esfumar: su cuasi albinismo debió de ser un hándicap terrible para enmascarar su identidad, si es que pretendió moverse en los círculos profesionales frecuentados por quienes le pagaron el salario de la traición.»

«Sixto Agudo («Blanco»), uno de los que vino a España para ver si daba caza a alguno de ellos, dijo de su compadre, **Tomás Planas, que fue sacado de España por la policía y enviado a América a comienzos de los años cincuenta. Puede que sí.** O no. Seguro que querrían que sus potenciales perseguidores creyeran que habían puesto tierra y mar de por medio, mientras en realidad seguían cotizando su miseria moral en el rubro del fondo de reptiles.»

«El tiempo difuminó las huellas de aquellos antiguos «niños de Conesa». Puede que rentabilizaran su deslealtad y vivieran de sus frutos, a costa, eso sí, de tener que vigilar sus espaldas el resto de sus días. Tampoco habría que desdeñar la idea de que, agotado su zumo, sus antaño protectores les fueran dado de lado como a cesantes en demanda de algunas migajas pues, citando a Calderón, «el traidor no es menester siendo la traición pasada».



CRÍTICA

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es